



IDILIO XXV.

HERCULES MATADOR DEL LEON

LA HACIENDA DE AUGIAS.

A DON MIGUEL RUL.

ARGUMENTO.



LEGA Hércules á Elide en busca del Rey Augias, y lo encuentra visitando sus vastísimas fincas rústicas, en compañía de su hijo Fileo. Admira Hércules su opulencia, y siguiéndolos á la ciudad narra al segundo la historia del Leon Nemeo, muerto á sus propias manos y cuya piel le sirve de armadura. Se ha perdido el principio de este Idilio.

.....
.....
.....
.....

Su trabajo interrumpe el buen anciano
Que los hermosos bueyes pastorea,
Y á la pregunta del robusto Alcides,
Así le da benévola respuesta:

IDILIO XXV.

“De buena gana, pasajero amigo,
Te contaré cuanto saber deseas,
Porque las iras temo de Mercurio,²
El Dios que en los caminos se venera.

“Dicen que de las célicas Deidades
El es quien más de cólera se llena
Cuando al necesitado peregrino
Lo que pide cortés, alguno niega.

“Augías, el gran rey, es propietario
De las que ves, laníferas ovejas;
Y ni un mismo terreno á todas guarda,
Ni el mismo pasto á todas alimenta.

“Del Elisunto algunas en la márgen,
Otras del sacro Alfeo³ en las riberas;
Cuáles junto á las viñas del Buprasio,
Cuáles en estos prados se apacientan.

“Aparte cada grey su aprisco tiene:
Y el ganado mayor, aunque cabezas
Un sinnúmero son, verde pastura
En todas estaciones aquí encuentra.

“Sabrosa grama en los terrenos brota
Que pantanosos al Penío cercan,
Y en los feraces prados que rocío,
O fresca lluvia, ó manantiales riegan.

IDILIO XXV.

“El abundante pasto á los cornudos
Toros la fuerza y el vigor aumentan,
Su magnífico establo y sus corrales
Tras el rio se ven, á tu derecha.

“Allí donde perennes platanarés
Y silvestres olivas verdeguean,
A Apolo, sumo dios de los pastores,⁴
Un santuario sin rival se eleva.

“Mas allá, de los fieles campesinos
Se levantan las cómodas viviendas;
Sus dependientes somos, y aumentamos
De nuestro Rey querido las riquezas.

Porque sabe que nunca se acostumbra
Con el grano poblar las sementeras
Sino despues de arar tres y más veces
Los campos que cada año se barbechan.

“Los límites conocen los peritos
Que á los lagares vienen y á las prensas
Cargados de racimos colosales
Cuando el maduro estío nos calienta.

“Porque toda es del opulento Augías⁵
La que tus ojos ven llanura extensa:
Esos cercados, fértiles en trigo,
Y esos verjeles llenos de arboleda,

IDILIO XXV.

“Hasta aquella montaña en lontananza
Que un manantial oculta en cada peña;
Sitios que cada día frecuentamos
Los que en el campo mi Señor emplea.

“Y ahora dime tú, pues te conviene:
¿Quién viniste á buscar en estas tierras?
¿A Augías mismo, ó de su corte á alguno?
Sé todo, y diré todo con franqueza.

“Que ni pareces ser de mala estirpe,
Ni de malvado tienes la apariencia:
Tal es tu majestad, que así caminan
Los hijos de los Dioses en la tierra.”⁶

El fuerte hijo de Jove así responde:
“Es cierto, amigo; de la gente Epea
Al Príncipe ver quiero: con Augías
Asunto aquí me trae de gran urgencia.

“Si de su pueblo al bienestar atento,
Dictando leyes en su corte régia
Se hallare por acaso, algun criado
¡Oh buen anciano! indíqueme tu diestra,

“Que aquí crecido y en mandar experto,
Informarme á la vez y oírme pueda.
Que hayamos menester unos de otros
Ordenó la divina Providencia.”

IDILIO XXV.

El digno agricultor, ínclito viejo,
Replica sin tardar de esta manera:
“De alguno de los Númenes sin duda
¡Oh peregrino! por consejo llegas.

“A tus deseos todo corresponde,
Y entre nosotros desde ayer se encuentra
Augías, que es del Sol vástago caro,
Y á Fileo, su hijo, al lado lleva.

“A visitar por muchos días viene
Sus propiedades de extension inmensa:
Bajo su propia vista los monarcas
Juzgan que más aumentará su hacienda.

“Pero á buscarlo vamos: yo tu guía
Seré, extranjero, hasta la estancia nuestra
Dó al Rey encontraremos.”—El anciano
Calla, y al huésped á guiar empieza.

Al caminar, mirando la gran clava
Y los despojos del leon, no acierta
A adivinar quién es el forastero
Y no osa preguntar de dónde venga.

Más de una vez los entreabiertos labios
Al ir á hablarle, temeroso cierra
De importunar al impaciente Alcides;
Que es árduo conocer la mente ajena.

IDILIO XXV.

El rumor de los pasos, y del cuerpo
El olor, á los perros pone alerta,⁷
Y salen al camino apresurados
Atrás y al frente, á izquierda y á derecha:

De Anfitrión al hijo, con ladridos
En actitud hostil rápidos cercan;
Al anciano con blanda gritería
Y con saltos pacíficos festejan.

Este los hace huir y los asusta
Con solo alzar del suelo alguna piedra;
Los obliga á callar con amenazas,
Y con ásperas voces los increpa.

Mas en su corazón se regocija
De tal fidelidad y tal fiereza,
Y exclama: "¡Oh Cielos! ¡Qué animal tan útil
De los Dioses formó la Omnipotencia!

"¡Cuán astuto, cuán fiel! Si entendimiento
Capaz de discernir el can tuviera,
A quién es fuerza que respete mudo,
Y á quién y cuándo avalanzarse deba,

"No habría quien pudiera disputarle
La palma del honor entre las bestias;
Mas ahora el pobre se enfurece en vano,
Y á quien no debe su bravura muestra."

IDILIO XXV.

Dice: y los perros presurosos tornan
Dentro el establo, y plácidos se sientan.
El Sol en tanto guiando sus corceles
Al Ocaso, el crepúsculo acelera.

De los prados y otros al aprisco
Retornan las pingüísimas ovejas;
Y en seguida las vacas infinitas,
Unas tras otras, y otras van siguiendo;

A las cargadas nubes semejantes
Que por el cielo innumerables ruedan
Cuando furioso las impele el Noto
O del Tracio Aquilon la horrible fuerza.

La multitud contar es vano empeño
O el fin mirar de la falange aérea,
Porque tras una nube el viento raudo
Más nubes y más nubes aglomera.

De las vacas así la muchedumbre
Al avanzar oculta las veredas,
El campo cubre, colma los caminos
Y en la llanura su mugir resuena.

Los lentos bueyes hinchen los corrales
Y los corderos los apriscos llenan;
Y aunque infinitos son, pastor ninguno
Discurre en los establos sin tarea.

IDILIO XXV.

Unos, los grillos á los piés atando,
Las gordas vacas con cuidado ordeñan;
Bajo las ubres otros de las madres
Leche á libar á los terneros llevan.

Quién la vasija de cuajada guarda,
Quién el queso riquísimo condensa,
Y quién, en fin, las vacas de los toros
Dentro el establo con ardor segrega.

Todo visita minucioso Augías
Y á cada mayoral exige cuentas.
Su hijo y Hércules sabio lo acompañan
De su inmenso caudal en la reseña.

Y aunque una alma de bronce inquebrantable
El gran Anfitrión encierra,
Al ver de vacas la infinita hueste
La admiración lo vence y la sorpresa;

Porque nadie juzgara de uno solo
Ni de diez otros ser tanta opulencia,
Aunque en ganado fuesen los mas ricos
De cuantos reyes en el Orbe imperan.

Pero á su ínclita prole el Sol augusto
Concedió la rarísima excelencia
De verse poseedor de mas rebaños
De cuantos hombres viven en la tierra;

IDILIO XXV.

Y de aumentar el mismo Sol cuidaba
Los rebaños de su hijo con largueza,
Las pestes alejando, que arruinan
A los pastores, y el ganado diezman.

Y siempre más en número y mejores
Cada año las cornudas vacas eran;
Maravillosamente procreaban
Y más que bueyes engendraban hembras.

Trescientos toros con las vacas iban
De curvas astas y de blancas piernas,
Y otros doscientos, colorados todos,
Que alborotaban la bestial caterva;

Y doce toros más, al Sol sagrados
De una blancura de sin par pureza
Cual la del cisne, á los demás seguían
Mostrando sobre todos preeminencia.

Del rebaño apartándose orgullosos
En los prados pacer la verde yerba
Les agradaba; y del espeso bosque
Cuando al campo bajaba alguna fiera

Tras las agrestes vacas, á su encuentro
Marchaban del ganado á la cabeza,
Y respirando muerte se lanzaban
Con hórrido mugir á la pelea.